

Díscurso leído por el Lic. don Rogelio Sotela Bonilla

Señores Académicos:

Tengo a singular honor el venir a ocupar una silla entre vosotros, y más, porque ello me vincula a la vida permanente de la Academia Española.

Sé que me corresponde reemplazar al pulcro escritor don *Jenaro Cardona Valverde*, cuyo fué este lugar, y tal circunstancia me depara una mayor honra. Pienso que si no he de reemplazar al compañero desaparecido, trataré al menos de sustituirlo, poniendo en la empresa generosa que alienta esta Corporación, la misma devoción idealista que él tuvo y su mismo gran anhelo por la cultura de las letras nacionales.

Pertenecía Cardona a la generación de escritores que nacieron hacia 1860, y por tanto, tuvo él la feliz oportunidad de ser uno de aquellos que convivieron en sus días iniciales con Rubén Darío y José Martí, los maestros de América, huéspedes de Costa Rica por el año 1890, que vinieron a ser dichoso augurio en nuestra vida literaria e hicieron brotar de nuestro suelo la fuente de lo bello.

*
* *

Ya notaba Darío entonces que no hay en nuestra literatura poetas exclusivamente melancólicos, y que aquí se acuerdan bien el optimismo y la jovialidad como atributos expresivos del ambiente costarricense. Tal es, en realidad, el tono corriente entre nosotros; tal vez algún *dilettante* ha podido cantar sus pesimismo, mas no por cierto a la manera de Leopardi o de Lucrecio. En general puede afirmarse que la literatura costarricense es una de las más vigorosas en el istmo centroamericano, ya por su orientación, ya por la forma comedia de realizarse.

En efecto, no tenemos cultivadores de Escuelas extravagantes, y más parece que nuestros artistas hubieran seguido el consejo de Francis Jammes a Bocquet:

Poète, sois sincère: écris ainsi qu' on aime, sans fard et dédaignant la vanité des mots, regarde le soleil frémir sur les rameaux et mets à l'infini du monde ton poème.

Por ese noble ambiente de sencillez y de alegría serena, en todas las generaciones literarias de Costa Rica, y principalmente en las primeras, se ha cultivado la literatura regional. Cifras muy valiosas cuenta, por tanto, el *folk-lore* costarricense: Manuel González Zeledón, uno de los más afortunados costumbristas nuestros, que ha tenido la particularidad de tratar los asuntos regionales sin caer en la gazmoñada de tantos imitadores; Carlos Gagini, gran filólogo, dejó también el acervo rico de su literatura regional y dió su colaboración imponderable al folklorismo costarricense con su *Diccionario de Costarriqueñismos* que prologó don Rufino J. Cuervo en 1904; Aquileo Echeverría, cuyos romances enmarcaron el paisaje costarricense y cuyo ingenio llenó de notas alegres el ambiente nacional; Ricardo Fernández Guardia, que ha recogido en sus *Cuentos Ticos* aspectos bellísimos de la tradición costarricense y que desde la Dirección de los Archivos Nacionales nos regala a menudo con los productos de su búsqueda y así su pluma anima y embellece hechos de antaño; Claudio González Rucavado, que fué, lo que podemos llamar con propiedad, un hombre puro, se distinguió en toda su obra por una definida tendencia nacionalista; Teodoro Quirós, "Yoyo", como le llamaban sus contemporáneos, fué un creador dentro de su género, de estilo festivo y de musa picaresca; Joaquín García Monge, que en 1900 dió vida a aquella literatura olvidada, de la zampoña triste y de las colodras al pie del ordeño... en quien no pocas veces hemos visto a nuestro Pereda, el de *El Sabor de la Tierruca*;... Luis Dobles Segreda, por quien perviven tipos y cosas de su ciudad de Heredia; Rubén Coto, autor de cuentos recogidos entre los campesinos; Carmen Lyra, que ha grabado graciosamente la tradición infantil en los *Cuentos de mi Tía Panchita*; Manuel Argüello Mora, casi olvidado ya, pero que es el verdadero precursor de esta literatura; y en este grupo de escritores, muy principalmente, está *Jenaro Cardona*, en quien hemos de ocuparnos en estas páginas.

*

* *

El folk-lore propiamente dicho ha de tener por objeto acopiar, clasificar y comparar los elementos tradicionales de la vida popular, y han de ser materiales suyos el estudio y recopilación de cuentos, leyendas, consejas, locuciones y giros típicos del idioma, y aun el mito y la superstición y todo lo que ha conservado la tradición oral del pueblo. Y ha de ser también el folk-lore la expresión actual de una nación, para que ella se perpetúe: ha de ser también fisonomía regional, panorama psicológico y social, relieve de hombres singulares; copia de su vida, en fin.

Dentro de ese marco realizaron su obra estos costumbristas y sus nombres van unidos a la historia del país. El de *Jenaro Cardona* destácase, entre sus conmlitones, como corresponde a sus valimientos y como querría yo hacerles notar en esta desmañada prosa.

Fué regional, fué "tico" en toda su obra, aun en *La Esfinge del Sendero*, que triunfó en el concurso de novelas de Buenos Aires. La

ascendencia de sus personajes, el lineamiento de sus escenas, y aun el estilo, tienen raigambre en el suelo patrio.

No es muy conocida esta obra de Cardona entre nosotros. La primera edición la hizo el Ateneo de Buenos Aires; pero salió tan defectuosa y con tantos descuidos, que el autor la desconoció. Fué en el Concurso promovido por ese Ateneo, con motivo de las fiestas del Centenario de la Independencia Argentina, donde obtuvo *La Esfinge del Sendero* el segundo premio, entre cuarenta novelas que concurrieron a ese torneo hispanoamericano. Y para ameritar más el triunfo de nuestro compatriota debemos recordar que el primer premio se adjudicó a Hugo Wast, el gran novelista argentino, y que aun tuvo Cardona en favor de su obra el voto del doctor Zeballos para el primer premio.

La Esfinge del Sendero trata con maestría el problema del celibato católico, y en tal forma lo hace, que resulta ser el suyo un libro de doble interés, ameno y útil, en cuanto expresa en manera novelada y en estilo bien puro, un asunto sociológico de grave importancia.

A raíz de la publicación de la obra de Cardona en Buenos Aires, apareció en *La Revista de Derecho, Historia y Letras* (abril de 1917) la nota bibliográfica que en seguida copiamos y que dió origen a una ardiente réplica, mantenida entre el miembro disidente del Jurado que llegó a negarle lugar en el Concurso por no ajustarse la novela a su idearium católico, y el doctor Estanislao S. Zeballos, ilustre publicista argentino. Vale recoger aquí la primera nota y algunos fragmentos de la disidencia literaria surgida allá.

La Esfinge del Sendero es una novela que en relación al Concurso merecería el primer premio—decía la nota de la Revista de Derecho, en abril de 1917—; pero ha sido discutida desde un punto de vista moral y religioso, y hasta algún miembro del Tribunal votó por que no fuera admitida. Considerando el concurso en el terreno estrictamente literario, esta obra tiene mérito de forma, de gusto, de imaginación y de lenguaje que imponía un primer premio, porque dicho carácter literario era obligatorio para el Jurado. La obra es de una labor mental apreciabilísima en el terreno de las letras. La abonan la riqueza de su vocabulario, la fluidez del estilo, la intensidad de las descripciones, la verdad de los caracteres, nítidamente dibujados. Su tema afecta los puntos morales y religiosos que han influído en el Tribunal, extraviando su juicio, según mi opinión, si no ha contribuído a ello también el carácter de extranjero del autor.

La novela es una crítica enérgica, de fondo, de los vicios del bajo clero; es una fotografía de los estragos irreparables que causa en el honor de las familias y en la moral de las gentes sencillas del campo. Ha podido impresionar desfavorablemente, a primera vista, a los católicos que practican con fe y dignidad el fervor religioso. Esta impresión sería justificada si la novela no ofreciera otros aspectos al examen de la crítica, que la exhibición de las desgracias humanas. Pero la intransigencia no se justifica, ni es explicable el error de concepto del Tribunal, si se recuerda que la figura central de la novela, el carácter más intensamente dibujado y el sacerdote más noble que es dado ima-

ginar, el Padre Juan, es, precisamente, el tema principal y resalta por el efluvio de sus virtudes.

Y de su réplica al señor del Solar entresacamos estos párrafos:

“Yo opino como del Solar,—escribe Zeballos—, que la moral de la Iglesia es una y debe ser respetada por todos. Pero respetarla no es abandonarla a la degeneración que importa el vicio con el disfraz sacerdotal”.

Cuando dibujamos a un hombre libertino que con traje talar realiza todas las contorsiones del vicio, no sería posible describirlo como el San Francisco de Asís de Biondi, enjuto, doloroso y con mirada extática dirigida al cielo... El dibujo del libertino que viola sus juramentos es simplemente el del libertinaje. De esta suerte la crudeza del estilo no es maliciosa, ni artificial, sino natural.

“No me parece que mi crítico haya profundizado y comprendido el carácter de la obra. *Ella es de lucha y de combate.*”

La novela de Cardona es así instrumento de moralización.

Lamento mi disidencia con del Solar al afirmar yo rotundamente que la obra no es inmoral. Me fundo en el carácter del Padre Juan, protagonista del libro”.

*

* *

Nativo de Costa Rica el Padre Juan, e hijo de padres que gozaban de una posición holgada, había dedicado su corazón a una gentil doncella, a la cual decidió unir su destino. Pero era a la vez hijo de una madre religiosa, para quien guardaba además del cariño de hijo, la veneración y el respeto que inspira una vida esencialmente piadosa y cultora de todas las virtudes. Ella había soñado que su hijo fuera sacerdote; consideraba que el timbre más glorioso de su hogar sería la ordenación de aquel joven y que el día que cantara la primera misa perviviría en su alma con el recuerdo de la emoción más honda de su existencia.

El hijo no pudo contrariar a la madre, y en la lucha de su corazón entre el cariño de aquélla y el que profesaba a la novia, optó por el sacrificio; renunció a la vida mundana, para desposarse con la Iglesia en homenaje al amor materno.

Describe el autor la vida de otros sacerdotes perturbadores de hogares, esclavos de la avaricia, que el candor y la ignorancia de las gentes rurales no podían evitar ni comprender. Y agrega:

“El Padre Juan ofrecía, pues, el contraste más visible con la conducta seguida por sus antecesores. Empapado de las doctrinas evangélicas más puras, podía citarse como varón puro y ejemplar”.

El Padre Juan había heredado una propiedad solariega y mil pesos oro, de sus padres. Al recibir su herencia recordó el versículo segundo del capítulo XV del *Deuteronomio*, según el cual “el Pastor no tendrá heredad entre sus hermanos”; y recordó los versos de San Ma-

teo del Capítulo X: "No proveáis oro ni plata, ni dinero a vuestras bolsas, ni alforja para el camino, ni dos ropas de vestir, ni zapatos, ni bordón. Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos. De gracia recibisteis, dad de gracia".

Estas virtudes habían exaltado el nombre del Padre Juan entre sus feligreses, de tal suerte, que la autoridad superior resolvió sacarlo del lugar de sus tradiciones sociales para enviarlo de Cura a un sitio "que se distinguía por los escándalos de todas clases". El redentor que se enviaba a esta comarca tenía apenas veintiocho años de edad. Allí pasó una gran parte de su vida, en duelo a muerte con el vicio. Y el autor se complace en describir sus luchas, sus torturas y los éxitos de este varón ejemplar "en la plenitud de su vida, cuando Eros cantaba en su ama las dulces églogas del amor"...

El Padre Juan fué, además, un eminente misionero. El autor nos lo dice en estos términos:

"Sus palabras eran siempre de perdón, llenas de unción evangélica. A ninguno de sus feligreses amenazó con la idea de la condenación eterna. Lejos de mostrar a Dios como un padre irritado, sordo al clamor del delincuente, lo mostraba como a padre infinitamente amoroso, con la palabra de perdón pendiente de su boca, como un raudal de luz, cuyos fulgores inundaban al mundo. ¡Dios es amor!—repetía siempre—¡Dios es amor!".

Tal es la estructura de la combatida obra de nuestro laureado compatriota que, como decía su panegirista en aquellos días de su primera aparición, "honra a los Ministros de la Iglesia, buenos y sanos, y exalta el deber de reconocer y desdeñar a los malos".

*

* *

El Primo fué la primera novela de Cardona y en ella están reveladas ya las cualidades del novelista sagaz, del escritor fino y oportuno, sin polidez buscada, sino fácil y pulcro y oportuno siempre para tomar al pronto dichos y gestos de nuestra vida diaria. En *El Primo* están presentes muchos pasajes de nuestras costumbres y muchos paisajes de nuestros campos, todo pleno de colorido y de picor nacional, ya rústico, ya de la vida social urbana, evocadores y deleitables, que ponen cada momento en el lector una sonrisa de gozo o una exclamación admirativa por el tino con que suele meter allí nuestros barbarismos y el acierto con que mueve sus personajes, no pocas veces expresivos de gentes que a diario vemos y de actos que a diario vivimos.

Por ejemplo, es página inolvidable aquélla en que relata un viaje a Puntarenas, como se hacía a fines del siglo pasado; cuando se iba en duras carretas o a caballo, en largos ocho días, "*camino de La Uruca, entrando luego por la ancha carretera empedrada, por donde los ejes de las carretas van golpeando en las bocinas de las ruedas al compás de los cantos de los boyeros*:"

*Ya me voy a Puntarenas,
te traeré dos quacalitos...*

El Primo tiene argumento fácil y refleja propiamente un aspecto de la vida costarricense. *Don Clemente Ayala*, anciano distinguido, es el tipo del padre de familia obligado a hacer una vida social superior a sus posibilidades. Había sido hombre de fortuna y la perdió—como dice el autor—tirando el oro que tenía en su caja al alcance de la mano por buscar el que estaba entre las minas a veinte metros bajo tierra y sin acuñar. Ahora se veía precisado a vivir de un modesto empleo público, y en esta posición tiene que hacer frente a las exigencias de su hija *Matilde*, que figura entre la mejor sociedad y a quien él adora. Toda la obra es una hábil urdimbre novelesca alrededor de la vida social que buscaba hacer, con inútil atuendo, la protagonista, en quien se ve el caso corriente del desastre familiar por el anhelo de la apariencia y la afición al lujo. Todos sus personajes y principalmente *Matilde*, *Valentina*, *Diego*, “*Trillito*” y hasta el donjuanesco de *Beltrán Urdaneta*, le sirven al autor para hacer una bella trama en que se censura ese afán de querer parecer... En ella revela Cardona ser costumbrista observador y ameno; sus escenas campestres tienen la jovialidad ambiente del paisaje nuestro, y las gentes hablan en el lenguaje popular propiamente.

El Primo se editó en la Imprenta Nacional en 1905 y tuvo tal aceptación que su propiedad fué adquirida por la Casa editora de Saturnino Calleja, quien ha hecho de ella varias ediciones.

*
* *

En 1929 se publicó *Del Calor Hogareño*, que es una preciosa colección de cuentos en los que se aúnan la gracia y la naturalidad. Bastará leer cualquiera de ellos, como *Las dos amigas* o *Nochebuena* o *El Curandero* (laureado), para ver que toda su obra se alienta en un espíritu de vida “tica”, de expresión nuestra, por lo cual ha de tener perennidad.

Sabía Cardona, además,—como pide el estilista colombiano—, que, “fuera de la corrección gramatical, la obra literaria debe tener algún valor intrínseco” y así juntó, al estilo impecable, limpio, como el que luce en esta obra última suya, el esplendor de lo bello.

Cultivó Cardona con feliz acierto la poesía, primero firmando con su anagrama *N. Caro de Aragón*, por los años 1896 y 1897; y luego con su nombre, hasta alcanzar justos lauros con algunos de sus poemas, como *La Caída del Arbol*, precioso romance; *La Lavandera*, gracioso soneto típico; *Himno de la Cruz Roja*, que tiene estrofas bellísimas; y el *Canto Epico a Juan Rafael Mora*, de 1914.

Nació el compañero que aquí recordamos el 2 de diciembre de 1863. Hizo sus primeros estudios en la Escuela Normal de Costa Rica que dirigían los hermanos Romero. Estudió Derecho; pero pronto abandonó las aulas de la Universidad para dedicarse al comercio. En 1889 se

afilió con calor al Partido Constitucional que llevó al poder al Licenciado don José J. Rodríguez, y entonces resultó electo Diputado por San José. En 1893 viajó por los Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania y España. Ocupó distintos cargos de importancia y fué Cónsul General y Encargado de Negocios de Costa Rica en Nicaragua. En 1919 no quiso ocupar el puesto de Senador para que había sido electo. En varias ocasiones sirvió el cargo de Tesorero del Ateneo de Costa Rica y en 1926 fué elegido como socio correspondiente de esta ilustre Academia, para llenar la vacante que dejara el recordado Maestro don Carlos Gagini.

Fué también periodista y aun en ese campo, donde se realiza la obra literaria tan apresuradamente, hallamos el mérito singular de su estilo que lo hace tanto mejor cuanto más sencillo es.

Como novelista, como poeta, como periodista, Jenaro Cardona usó la pluma para pintar con agrado, para disponer sus escenas con destreza y para aprovechar las expresiones de sus personajes en aplicar modismos nuestros, locuciones o giros regionales, todo con viveza y oportunidad.

Pensamos que se conoce poco en nuestro país la obra de Jenaro Cardona y que, por esa razón, no se le estima tan generalmente como él merece.

Sin miedo a dar juicio aventurado, y después de haber madurado tal criterio con la relectura de sus obras, aseguramos que en la novela no tiene par todavía entre nosotros; y que en el cuento pocos le superan en gracia y colorido. Toda página suya tiene aliento de nuestra campiña, celajes de nuestro cielo, vida nuestra. Así, en la evocación de su nombre, al que rendimos homenaje ahora, pedimos que los númenes criollos den a la patria varones de estro feliz que canten sus bellezas y exalten su vida, como él supo hacerlo.

He dicho.